

ÁLVARO de LAIGLESIA



Te quiero, Bestia

HERRERO '60

Colección de relatos cortos humorísticos, con los animalitos como protagonistas —o como excusa argumental.

## La muela del Juicio Final

Y una mañana, repentinamente, todos los volcanes del mundo entraron en erupción.

El fenómeno se produjo a la misma hora en todas partes. Cráteres tan distantes entre sí como el Vesubio y el Chimborazo, como el Teide y el Krakatoa, lanzaron a las diez en punto un grito idéntico, bronco y colosal. Tan desgarrador fue el grito, que hasta a las fieras más feroces se les puso la carne de gallina.

Porque los volcanes son las bocas que tiene la Tierra para exteriorizar su dolor, y la lava es la saliva que brota de sus labios cuando sufre, en espumarajos ardientes.

Algo muy gordo debía de ocurrirle al planeta, pues ni un solo volcán permaneció silencioso. Ni siquiera los más antiguos, apagados desde hace siglos, que se limitaban a tomar el sol en las cordilleras como viejecitos que hubiesen dejado de fumar por prescripción facultativa. Ellos también, solidarizándose con sus compañeros, empezaron a echar humo. Al principio tosieron un poco, por la falta de costumbre, pero luego armaron el mismo alboroto que en sus mejores tiempos.

Aquella violenta explosión de ruidosa vitalidad resultaba insólita, pues la Tierra era ya muy anciana. Más de un milenio había transcurrido desde que entró en un período de franca decrepitud, y los astrónomos que la veían desde otros planetas no le calculaban mucho tiempo de vida.

—El siglo menos pensado —diagnosticaron después de hacerle un reconocimiento concienzudo con sus telescopios —, la Tierra morirá. Y su cadáver seguirá rodando por el fir-

mamento como una Luna más grande, pero tan pálida y calcinada como ella.

—Nunca creímos que estuviera tan pachucha —comentaron los venusianos, los marcianos y hasta los saturninos.

—Pues está moribunda —dijeron los astrónomos, que tenían los ojos saltones de tanto mirar lejos—. Su fuego central, que la caldeó durante toda su vida, está a punto de extinguirse. Y su corteza se enfría cada vez más. Tan ancianita es la pobre, que le han salido canas en las cabezas de todas sus montañas. Esas canas son las nieves perpetuas que anuncian la proximidad de la muerte total por enfriamiento progresivo.

Y los observadores del sistema solar tenían razón, porque era cierto que la Tierra estaba viviendo el prólogo de su agonía.

Los hombres, esos parásitos que brotaron en su superficie como los gusanos en un queso, fueron una plaga inquieta y belicosa que dedicó todo su esfuerzo a obtener los medios necesarios para aniquilarse a sí misma.

Y al fin lo había conseguido.

Unas cuantas guerras, en las que puso en juego todos los elementos destructivos que había logrado inventar, bastaron para reducir la población mundial a un puñado de supervivientes. Estos pocos seres humanos vivían sin entusiasmo en distintos rincones del globo, esperando con impaciencia la hora de su muerte. Habían perdido el apetito de existir, y sólo ansiaban reunirse con toda la Humanidad que esperaba en el otro mundo la resurrección de la carne.

Todo les aburría a estos retales de la especie que vegetaban en algunos valles, mesetas y costas, sin ningún contacto con el resto de sus semejantes.

Ni siquiera se molestaban en reproducirse, ejercicio que había sido durante milenios la diversión predilecta de todo bípedo viviente.

Los sabios, que aún quedaban algunos, justificaban esta frigidez diciendo que las expansiones amorosas requirieron

siempre una temperatura adecuada. Y como la Tierra se había enfriado tanto, ¡cualquiera se quitaba las prendas de abrigo para hacer tonterías!

Para resumir la situación mundial en el momento de producirse el alarido terrestre por boca de todos sus volcanes, diré sencillamente que los historiadores estaban a punto de escribir la palabra «Fin» en el libro de la Historia.

A ese tremendo alarido inicial siguieron otros muchos, porque los dolores que sufría el globo eran espantosos. Torrentes de lava, espesa y negruzca, se derramaron por las laderas como el chocolate en las jícaras colmadas.

Docenas de ciudades, que la desaparición de la natalidad había dejado deshabitadas, se convirtieron en otras tantas Pompeyas susceptibles de ser descubiertas y explotadas para el turismo por futuros pobladores que pudiesen llegar de otros planetas.

Nubarrones de humo mezclado con llamas se elevaron al cielo desde esos hornos altísimos donde se fundían los metales de las capas geológicas más profundas.

No es posible explicar con onomatopeyas el sonido de aquellos gritos monstruosos que acompañaban a la pirotecnia de las manifestaciones volcánicas. Sería ridículo escribir que hacían «¡pum!» o «¡paf!» Haría falta, además, una tipografía especial, con letras de un tamaño muy superior al formato de esta página, para dar al lector una vaga idea de la magnitud que tuvieron aquellas explosiones.

—¡Joroba! —exclamó un palurdo al oírlas—. ¡Cualquiera diría que a la Tierra le duelen las muelas!

Y el muy palurdo, que dijo aquello por pura palurdez, no se dio cuenta de que acababa de diagnosticar con precisión el mal que sufría nuestro pobre globito.

Porque la Tierra, aquella mañana, se había despertado con un horrible dolor de muelas.

No hace falta ser odontólogo para adivinar que las grandes cordilleras forman la poderosa dentadura terrestre. Los picachos, los montes y las montañas son respectiva-

mente sus dientes, sus colmillos y sus molares. ¿Qué otra finalidad pueden tener esos amplios semicírculos montañosos en forma de mandíbula? ¿No son acaso inmensas encías, de tierra blanda y hierba tierna, esas protuberancias que se alzan de pronto en las llanuras, interrumpiendo la uniformidad del paisaje?

A poca imaginación que tenga el observador sospechará en seguida que las rocas de las cumbres, nacidas en el vértice de esa encía natural, son piezas dentarias de diversas formas para distintas modalidades de masticación. En los Alpes, sin ir más lejos, se observan incisivos y caninos blanquísimos, en perfecto estado de calcificación, hecho asombroso si se tiene en cuenta la edad vetusta de dicha cordillera. Y alejándose un poco, en los Cárpatos y los Urales, pueden verse también muelas podridas, con caries como túneles, recubiertas de un sarro ferruginoso que está pidiendo a gritos una limpieza con cepillo y quinientas toneladas de crema dental.

Pero es en el macizo del Himalaya donde la Tierra tuvo siempre sus colmillos más grandes y poderosos. Nadie sabrá nunca para qué diablos le ha servido una dentadura tan formidable, porque jamás se le ha visto masticar ni una simple florecilla. Quizá la necesitó en los albores del universo, cuando los planetas tuvieron que luchar a dentelladas en pleno caos para conseguir un puesto en el firmamento. Quizás al principio la Tierra fue carnívora, y devoraba pájaros enormes que se ponían a su alcance...

Yo, la verdad, no sé la razón de que posea estas defensas, inutilizadas por la atrofia de un prolongadísimo desuso; pero el caso es que las tiene y allí estuvieron siempre, para que algunos *sherpas* se ganaran la vida y algunos europeos la perdieran.

Y fue en el Himalaya, precisamente, donde la Tierra notó aquel día ese dolorazo bestial que la hizo gritar por todos sus volcanes. Tan potentes fueron sus alaridos, que hasta la Luna se despertó sobresaltada.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó abriendo sus cráteres perezosamente, pues había estado despierta hasta el amanecer y tenía un sueño espantoso.

—No lo sé —dijo la Tierra, llorosa—. Que hace un momento, cuando estaba rotando tranquilamente, sentí de pronto unas punzadas horribles en las muelas.

—¿En cuáles? Porque tienes tantas...

—Siento el dolor al norte de la India —concretó el planeta, quejumbroso—. Debo de tener un Himalaya picado.

—Pues te compadezco, pobre. Estarás sufriendo una barbaridad. ¡Con lo grandes que son...!

—Figúrate. Son tan altos, que el nervio más pequeño tiene cuatro kilómetros de longitud.

—¿Y por qué no te lo sacas? —aconsejó el satélite.

—Porque tendrían que volármelo con una bomba de hidrógeno. Y como ya estoy tan despoblada, no me queda ni un militar que me haga esa chapuza.

—¿Estás segura de que es un Himalaya? —dudó la Luna—. ¿No será un Apenino, que siempre te dieron tanta guerra?

—No. Perdí todos los Apeninos en el último ataque nuclear que sufrí. Himalayas, en cambio, no me falta ninguno. Desde que cambié los de leche en el cuaternario, los conservo intactos.

—Siempre tuviste unos Himalayas de caballo —elogió la Luna.

—¿Quieres hacerme el favor de mirar cuál es el que tengo cariado? —rogó la Tierra—. Como hasta que no se haga de noche no puedo usarte como espejo para verlo yo misma...

—Encantada —accedió el satélite—. Pero tendré que esperar a que rotes un poco, para que la India se ponga enfrente de mí.

Y cuando la Tierra rotó lo suficiente, la Luna abrió bien sus cráteres para examinar la zona dolorida.

—¿A ver?... Rota un poquitín más... Así. Pues, hija: por más que miro, no te veo ningún Himalaya picado. Todos están muy blancos y muy sanitos. Lo que sí tienes es un flemón bastante feo.

—¿Dónde?

—Al final de la cordillera, junto al último de todos los Himalayas. Allí te queda un kilómetro de encía sin muela, y lo tienes inflamadísimo. Tan inflamado, que el flemón es más alto que el Everest.

—¿Estás segura? —preguntó la Tierra tan temblorosa, que toda ella fue sacudida por un violento terremoto.

—Segurísima —dijo la Luna, cuyos cráteres ya se habían habituado a la luz del Sol y veían con tanta claridad como en plena noche.

—Pues entonces... —murmuró la Tierra temblando de nuevo, pero con resignación—. Entonces no hay nada que hacer.

—¿Por qué? —dijo su satélite con extrañeza.

—Porque me está saliendo la muela del juicio final.

Y la Luna, al oír aquello, sintió una pena grandísima. Eso significaba que había llegado el fin a su compañera de rotación. Tan grande fue su pena, que hasta se echó a llorar. Y en sus cráteres calcinados, secos desde que vino junto al mundo para corretear a su alrededor como una perra faldera, brotaron milagrosamente unas gotas de agua salada. Fueron demasiado pocas para convertirse en mar, pero suficientes para ver desde muy lejos que eran lágrimas.

Y hasta el Sol, asombrado por el milagro, rebajó la potencia de sus rayos todo lo que pudo para que aquellas lágrimas de emoción brillaran el mayor tiempo posible en la palidez del rostro lunar.

La Tierra no se había equivocado: aquel flemón que abultaba su mejilla asiática, la producía la muela del juicio final pugnando por salir a la superficie. Ese trozo de paisaje, donde morían las últimas estribaciones de la mejor dentadura terrestre, sufrió la noche anterior una brusca trans-



formación. El suelo, rugoso y estéril como el pellejo que recubre el vientre de una vieja, comenzó de pronto a hincharse impulsado por el molar que crecía con ánimo de salir al exterior.

La pequeña llanura donde se produjo el extraordinario fenómeno dental, se transformó en colina. La transformación se produjo con tanta rapidez que una cabra esquelética, propiedad de un anacoreta tibetano y única fauna de aquellos andurriales, fue lanzada por los aires y rodó patas arriba al crecer tan bruscamente el terreno donde pastaba.

El flemón siguió aumentando hasta tensar al máximo la encía que lo cubría. La muela del juicio final, de cuarzo blanco y durísimo, desgarró las capas superpuestas de mantillo hasta alcanzar las finas raíces de la hierba. Y poco después, en un nuevo estirón, asomó a la superficie derribando arbustos y matojos.

Esta última fase fue tan dolorosa para la Tierra, que sus temblores agónicos adquirieron caracteres de catástrofe mundial. Un seísmo que rompió todos los sismógrafos, produjo anchas fisuras en todos los continentes. Y en estas grietas quedaron sepultados los últimos seres vivos que poblaban el globo.

Así quedó resuelto el problema de quién daría sepultura al último hombre que muriese en el mundo. Porque después del resquebrajamiento que se tragó a todos los supervivientes, una nueva conmoción sísmica cerró de nuevo todas las grietas. Y los que habían caído en ellas quedaron perfectamente enterrados. Les faltó la crucecita encima de cada fosa común, eso sí; pero ya se sabe que la Naturaleza, cuando sepulta gratuitamente, no es tan meticulosa como un sepulturero de pago.

Libre por fin de obstáculos, la muela del juicio final salió sin dificultad a completar la dentadura terrestre. Los dolores brutales que había padecido la Tierra cesaron por completo, y los volcanes interrumpieron su lanzamiento de espumarajos ardientes.

Después de tanto alboroto, se produjo un silencio más absoluto aún que el llamado sepulcral. Porque aplicando el oído a los sepulcros, puede oírse el asqueroso rumor de los gusanos que devoran la carroña. Y en aquella ocasión, hasta los gusanos dejaron de roer. Es lógico, porque estaba a punto de producirse la resurrección de la carne, y no era cosa de que los resucitados se presentasen al juicio final taldrados y carcomidos como manzanas podridas.

Ese silencio, tan denso y completo, duró sólo unos minutos. No sé cuántos con exactitud, porque no quedaba en el planeta ningún bicho viviente con reloj para medir el tiempo.

Pero poco después comenzó a oírse un fuerte batir de alas, como si se aproximara a la Tierra una bandada de perdices. Una bandada nutridísima, digna de cacería en coto oficial con quinientas escopetas.

El aleteo fue haciéndose ensordecedor a medida que los volátiles se aproximaban. Y cuando estuvieron muy cerca se vio que no eran perdices, sino ángeles. Un auténtico ejército angélico armado de trompetas de todos los calibres, con su Estado Mayor al frente y sus servicios auxiliares en la cola.

Los alados batallones fueron aterrizando con suavidad y orden perfectos, sin deshacer la formación, con una disciplina que ponía en evidencia el empleo en las tropas celestiales de instructores alemanes.

Obedeciendo a un plan de operaciones trazado de antemano, después de su aterrizaje en masa, las unidades fueron despegando por separado y volaron en distintas direcciones. Cada batallón marchó a ocupar un país distinto, con su material de paz dispuesto a entrar en acción.

—Esas fuerzas bastarán para conseguir nuestro objetivo—decidió el general en jefe, que era un arcángel con tres estrellas rutilantes prendidas en las alas—. Pero haremos una excepción con Rusia, por si las moscas: en vez de un batallón, que vaya un regimiento. Y que refuercen su mate-

rial llevando, además de las trompetas, unas cachiporras escondidas debajo de las túnicas. Esa gente es capaz de resucitar con el puño en alto, y liarse a puñetazos con nosotros cuando la mandemos al infierno.

Así se hizo, y en pocas horas estuvo todo dispuesto para anunciar el Juicio Final. Y a las doce en punto, cuando el día por un lado y la noche por otro estaban en su apogeo en las dos mitades de la Tierra, comenzaron a sonar las trompetas de los ángeles.

Nadie oyó jamás trompetazos tan vibrantes y hermosos como los que sonaron entonces. Ni siquiera las bandas militares norteamericanas, que manejan el metal con tanta destreza, alcanzaron jamás tal grado de sonoridad y armonía.

Eran notas inauditas, imposibles de encerrar en la estrecha jaula con cinco barrotes de nuestro pentagrama. Algunas alcanzaban agudezas ultrasónicas tan intensas, que eran capaces de resucitar a un muerto.

Y los resucitaron a todos.

Respondiendo al trompeteo, con prisa por acudir a su llamada, los muertos empezaron a desperezarse en sus tumbas para acudir a la cita.

El efecto era parecido al que se produce por las mañanas en cualquier ciudad, cuando suenan los despertadores en todas las mesillas de noche. Sólo que en más grande y en mucho más ruidoso.

Los mofletes angélicos, redonditos como manzanas por el esfuerzo de resoplar, emitían un resoplido continuo, sin las pausas que se ven obligados a hacer los resopladores humanos por la limitación de su capacidad pulmonar.

Y los ataúdes empezaron a abrirse, con ruidoso chirrido de goznes herrumbrosos. Y muchos finados ricachones maldijeron los lujosos y pesados mausoleos de mármol que no había forma de quitarse de encima.

Todos los camposantos, y muchos campos que perdieron hace siglos su santidad, fueron abiertos por los durmientes que reposaban bajo colchas de flores o piedra. Y

casi todos ellos, después de bostezar, se levantaban y daban una carrerita para desentumecer sus músculos agarrotados por el larguísimo reposo.

La carne había resucitado con la misma lozanía que tuvo en el momento de producirse la muerte. Desde los primeros hombres hasta los últimos, todas las generaciones que poblaron sucesivamente el mundo se pusieron en pie. Y se produjeron unas apreturas espantosas. No había apenas espacio para las muchedumbres que vomitaba la tierra.

—¡Antes de entrar, dejen salir! —gritaban los que habían sido guardias en su vida terrenal, tratando de poner orden en aquel gentío aturdido.

—Pero ¿es que se han creído que estamos en el «metro»? —protestaban algunos.

—Quieren decir que antes de entrar en el Juicio Final, dejen salir a la gente de sus enterramientos.

En los panteones familiares se produjeron escenas curiosísimas al enfrentarse tatarabuelos del siglo IV con tataranietos del siglo XX.

—¿De manera que tú eres el famoso antepasado Gonzalo Vaquero de la Finojosa, fundador de nuestra familia? —decía una duquesita remilgada, campeona de «canastas» benéficas.

—Pues sí, zagala —contestaba un pirata tuerto y patizambo, con un olor a ron que hacía resucitar a los muertos más reacios.

—¿Y quién es ese abuelo tan flaco, que lleva al cuello un trozo de cuerda como si fuera una corbata?

—Debe de ser mi descendiente Ramiro, alias *el Robapetacas*, que en el siglo XVI murió ahorcado por matar indios para robarles el tabaco.

Los trajes de todas las generaciones se mezclaban en aquella inmensa y tremenda mascarada. Junto a la piel que cubría parcialmente a la mujer de las cavernas, podía verse el «bikini» que descubría totalmente a la mujer de las pla-

yas modernas. Junto al rudo vikingo con cuernos en el casco, marchaba el gomoso dieciochesco con puñetas de encaje. Al lado de un emperador romano, iba un presidente norteamericano.

—Pues yo —presumía el primero, que era Nerón— incendié Roma.

—Pues yo —le replicaba el otro, que era Truman— atoricé Hiroshima.

Y quedaron empatados a una bestialidad.

Todas las dinastías que reinaron en todos los países, salieron de los panteones reales con sus pomposos atavíos algo ajados por la estrechez de los féretros. Pero a pesar de las arrugas, y de alguna que otra mancha de cadaverina que deslucía el esplendor de los terciopelos y brocados, resultaban impresionantes estos cortejos majestuosos compuestos por tantas majestades.

No dejaba de tener cierto interés, desde el punto de vista histórico, poder admirar en fila india a las testas coronadas que encabezaron veintitantos siglos de Historia monárquica. En una de estas filas podían verse, por su orden y al natural, todos los reyes godos cuya relación tanto nos torturó en el bachillerato. Al frente de ellos marchaba Ataúlfo, del mismo modo que a la cabeza de la fila formada por los Alfonsos españoles iba el número I seguido del II, y así sucesivamente.

Una delicada princesa italiana del Renacimiento, que llevaba un laúd en bandolera y una escolta de damas a la zaga, se llevó un susto tremendo al tropezar con una especie de gorila grandote, peludo y muy ligero de ropa.

—Pero ¿es que los monos también van a resucitar? —exclamó su alteza, escandalizada.

—No, señora —la tranquilizó el peludo con voz cavernosa—. Es que yo soy el hombre de Cromañón.

—Pues, hijo: podía usted haberse afeitado un poco al resucitar para tener un aspecto más decentito.

—Es que resucité casi a mediodía —se excusó el hombre de Cromañón un poco avergonzado—. Esta mañana se me pegaron las losas y temí llegar tarde al Juicio Final.

—Perdone que le haya confundido con un gorila. Al verle pensé que los animales habían resucitado también, y me llevé un susto tremendo.

Pero los animales no habían resucitado.

En la tierra quedaron sus esqueletos inmóviles, sin que un solo retal de tejido celular acudiese a adherirse a ellos. Billones y trillones de huesos que pertenecieron a todas las bestias de la Creación, quedarían abandonados en el planeta muerto durante toda la eternidad.

Daba mucha lástima ver aquellas montañas de huesos, mondísimos y lirondísimos, que sostuvieron durante milenios las hermosas anatomías del extenso y variado reino animal. Algunos, fosilizados en ámbar, se conservarían eternamente como en la vitrina de un museo que quizá visitarán alguna vez los habitantes de mundos lejanos.

Pero la mayoría se iban reduciendo a polvo, enriqueciendo con el abono de sus ingredientes químicos una tierra que ya nadie sembraría. De la bellísima fauna terrenal, en cuyo diseño y adorno se derrochó tanta fantasía, sólo iba a conservarse el recuerdo de algunas láminas en los libros de las bibliotecas abandonadas.

¡Adiós para siempre a las bellas aves de línea aerodinámica y alegres colores!

¡Adiós a las mariposas, cuyas alas delicadísimas fueron encargadas por el Creador a los sutiles pinceles de unos ángeles chinos!

¡Adiós a los nobles hipopótamos, que nunca sirvieron para nada, pero que eran simpáticos con su gordura bonachona!

¡Adiós al vigoroso rinoceronte, proyecto de toro que se frustró porque en vez de dos cuernos en la frente le pusieron uno solo en el morro!

¡Adiós también a todas las especies simiescas, graciosas caricaturas del hombre, que le enseñaron a reírse de sí mismo!

¡Adiós definitivo a ese tesoro de plata cincelada que fueron los peces, valiosísima colección que conservábamos metida en agua para que todas sus piezas estuvieran siempre limpias y relucientes!

No excluyamos tampoco de estos adioses emocionados a los insectos voladores, pues aunque siempre nos parecieron bastante repugnantes, decoraron el aire con sus colorines y le dieron vida con sus zumbidos.

Pero la más conmovedora de estas despedidas ha de ser por fuerza el adiós a los animales domésticos. Porque ellos fueron los únicos compañeros leales que tuvo la Humanidad durante su larga vida.

Gracias a los gatos, e incluso a los loros, las ancianas pudieron soportar su soledad. Gracias a los perros, el corazón de los pastores tuvo un poco de calor amistoso y hasta un interlocutor comprensivo para sus monólogos. Gracias a las gallinas, que sacrificaron a sus hijos nonatos en el pagano altar de nuestras sartenes, jamás nos faltaron succulentas tortillas. Y gracias a los caballos, el hombre pudo recorrer el mundo para conocerlo y civilizarlo.

De aquella multitud carnavalesca, disfrazada y apiñada como en el más fabuloso Carnaval que presenciaron los siglos, surgieron algunos gritos abogando por la resurrección de determinados animales.

—No pretendemos que resuciten las fieras —razonaban los gritadores—, porque siempre se portaron muy mal con el hombre y sólo pretendieron hincarle el diente. Pero los perros, por ejemplo, que nos hartábamos de decir que eran nuestros mejores amigos...

—¡Ni hablar! —protestaron todos los que habían sido propietarios de casas de vecindad, y en cuyos contratos de inquilinato prohibían siempre la tenencia de perros en los pisos—. Nos pondrían el cielo perdido. Además, no todos